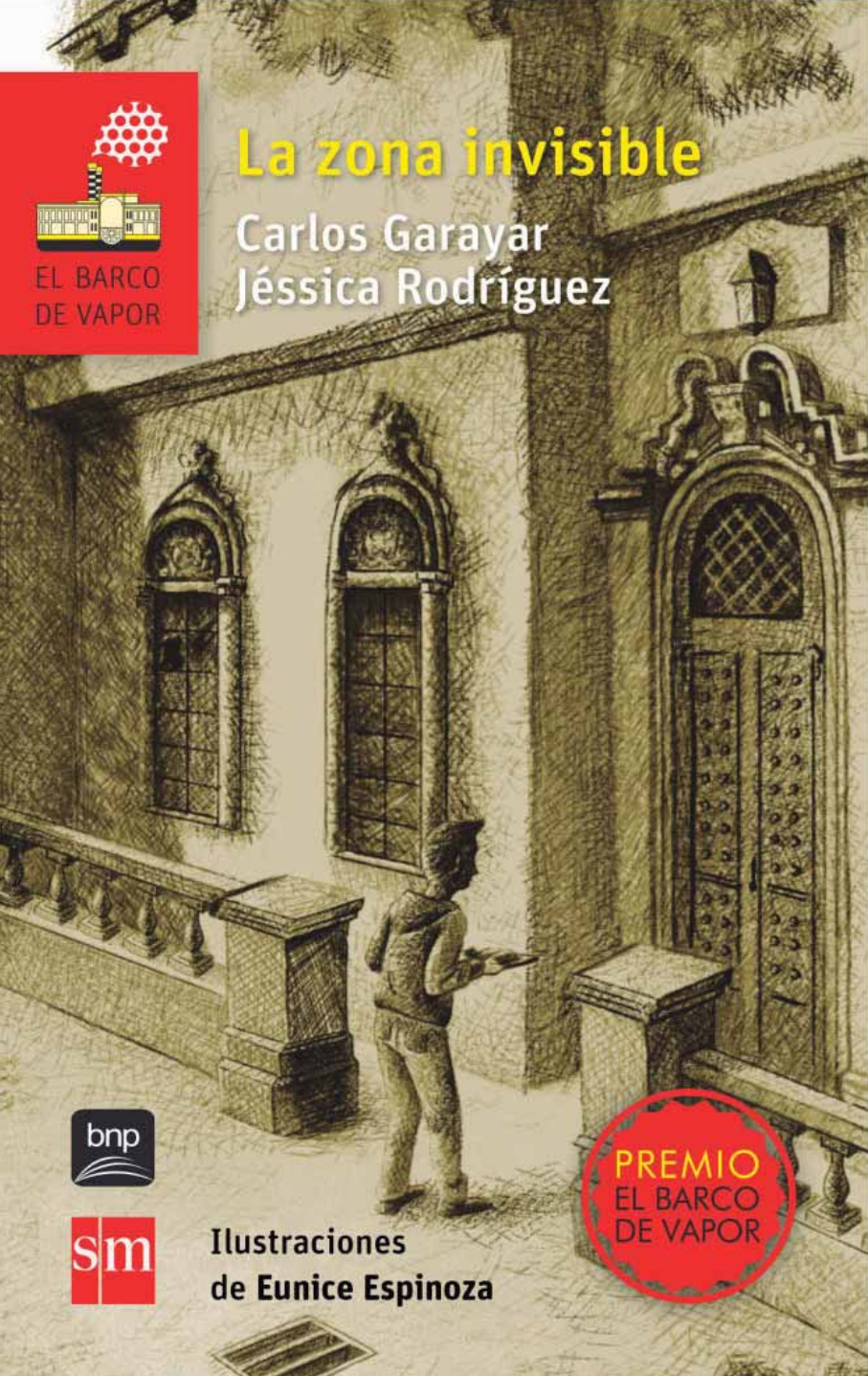




EL BARCO
DE VAPOR

La zona invisible

Carlos Garayar
Jéssica Rodríguez

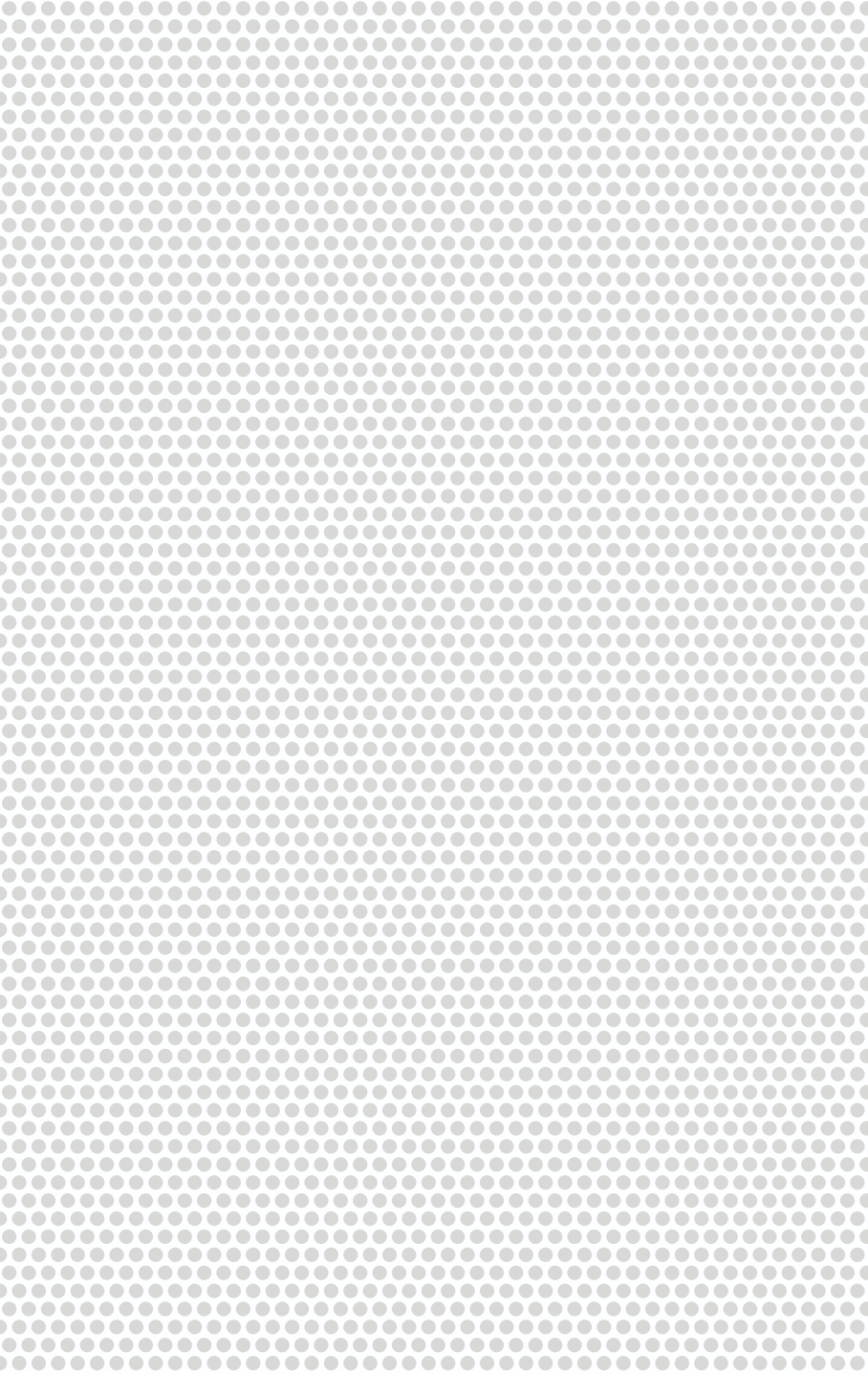


Ilustraciones
de Eunice Espinoza

PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR









EL BARCO
DE VAPOR

La zona invisible

Carlos Garayar
Jéssica Rodríguez

Ilustraciones de Eunice Espinoza

Premio El Barco de Vapor 2015 - Perú



La zona invisible

Primera edición: noviembre de 2015

Coordinación editorial: Elisa Cano

Edición: Teresa Marcos

Corrección de estilo: Anaís Blanco

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diagramación: Rocel Rodríguez

Retoque digital: José Quijaite

Ilustraciones: Eunice Espinoza

© del texto: Carlos Garayar y Jéssica Rodríguez, 2015

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2015

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por METROCOLOR S. A.

Los Gorriones 350-360, La Campiña, Chorrillos

www.metrocolor.com

Tiraje: 2 000 ejemplares

ISBN: 978-612-316-307-5

Registro de Proyecto Editorial: 11501311501210

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2015-15914

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

A César y a Alejandra

La materia, como el tiempo, es una ilusión.

Tío Ascanio

● UNO

ESTABA SOÑANDO QUE SU CASA se incendiaba y que los bomberos no acababan de llegar, a pesar de que el ruido de la sirena crecía y crecía, hasta que, de pronto, estallaba.

Antonio saltó de la cama.

Sumido en las tinieblas, demoró todavía unos segundos en instalarse en la realidad y entonces vio que en la pequeña pantalla de su teléfono brillaba un nombre.

Leonardo. Quién más. Tenía que ser él.

—¡Lo conseguí! ¡Yo sabía que iba a hacerlo!

—¿Y sabes qué hora es?

—¡Qué importa la hora, Toño! ¡Hice el descubrimiento del siglo! ¡Lo conseguí!

—¿Qué cosa conseguiste?

—¡Volver invisible a Frodo y nuevamente hacerlo visible!

Antonio suspiró. El reloj reposaba en la oscuridad, fuera de su vista, pero, mínimo, eran las tres de la madrugada.

—¿Estás ahí, Toño? ¿No vas a felicitarme?

Antonio cerró los ojos e hizo un esfuerzo por retener una última hilacha de sueño.

—“¿No voy a felicitarte?” —lo imitó con sorna, todavía entre el humo del incendio que había estado soñando.

Leonardo pareció no haber captado la molestia.

—¿Toño?

—Te escucho, Leonardo, te escucho. Cómo no te voy a escuchar, si todo el barrio te escucha.

—¡Dije que logré desaparecer a Frodo!

—Y también estás a punto de hacer desaparecer mi sueño. ¿No podías haber esperado a que amaneciera? Con lo rico que se está a esta hora en la cama.

—¡El descubrimiento del siglo! ¡Tú eres el primero en saberlo, Toño! ¡El primero! —Leonardo dudó un segundo—. Oye, espera; no se te vaya a ocurrir decirse-lo a nadie. En serio, Toño, a nadie.

Antonio bostezó con placer. Por suerte, el sueño no se le había escapado y ya sus ojos empezaban a cerrarse de nuevo.

—De acuerdo, paso a verte a las diez —colgó el teléfono sin esperar la respuesta y lo apagó.

Respiró profundamente, como si tratara de incorporar la oscuridad a sus pulmones y a su cerebro. En la cama de al lado, roncaba su hermano menor. Ese Leonardo y sus locuras. Las cosas que se le ocurrían, y a esa hora. ¡Desaparecer a Frodo! Quizás también había estado soñando. Sí, eso era. En fin, lo importante era que ahora seguiría durmiendo...

● Dos

LA MAMÁ DE LEONARDO le hizo pasar a la cocina.

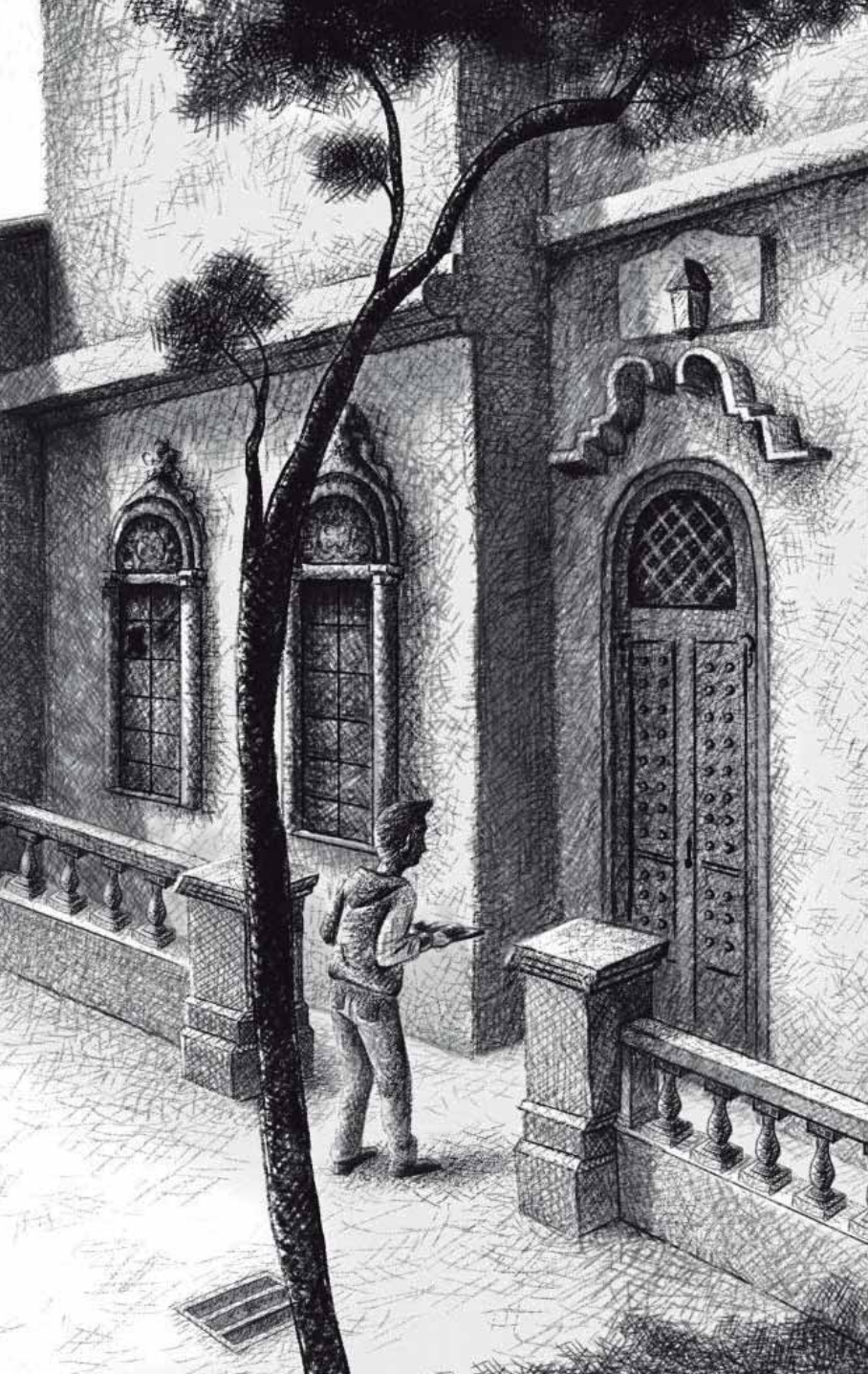
—Llévale esto y haz que se lo coma, Toñito —le entregó un plato con dos butifarras y un vaso de leche—. Voy a tener que prohibirle que se quede en la casa de su tío. Se fue después del almuerzo y, con el cuento de que empiezan las vacaciones, ha dormido ahí y hasta ahora no vuelve.

—Así es Leonardo cuando se mete a hacer algo, y ahora está entusiasmado con sus estudios de física y matemáticas —la tranquilizó Antonio—. Pero no se preocupe, señora, que si no se las come él, me las como yo.

Doña Leonor sonrió divertida. Puso otras dos butifarras en el plato y acompañó a Antonio hasta la puerta.

—Convéncelo, Toñito, por favor. Salgan a pasear, a distraerse.

Antonio dio la vuelta a la manzana y —exactamente a espaldas de la casa de su amigo— se detuvo frente a la del tío Ascanio.



Leonardo la llamaba “la cueva”, y, en efecto, a pesar de haber sido pintada de verde hacía pocos meses, la fachada conservaba un aire sombrío, casi tétrico, con su gran puerta claveteada de adornos de metal y sus alargadas ventanas góticas que miraban mudas hacia el parque. El tío Ascanio la había comprado de ocasión luego de que estuviese vacía durante muchos años debido a los rumores de que la habitaban almas en pena. Ahora se hallaba nuevamente en venta.

Antonio giró la perilla y la puerta se abrió con un largo chirrido. No creía en aparecidos, pero el aire húmedo del recibidor vacío y sin cortinas lo hizo estremecer. Cruzó el salón y subió por la ancha escalera sin detenerse en el segundo piso.

La azotea era el único lugar habitado de la casa. En el amplio espacio se acumulaban ladrillos, mayólicas y piezas de aluminio y madera, sobrantes de los trabajos de refacción, pero, sobre todo, los artefactos que Leonardo compraba para extraer de ellos piezas que empleaba en sus experimentos. En las últimas semanas, la colección se había incrementado con una tostadora oxidada, dos televisores despanzurrados y un, al parecer, equipo de sonido sin cubierta. El cielo gris y el silencio de la mañana conferían un aspecto extraño y sombrío al montón de cachivaches.

Antonio tocó la puerta del cuarto de la azotea en el que Leonardo había armado su laboratorio. Como no obtuvo respuesta, la abrió.





+ 12 años



Una
vertiginosa
historia sobre
la amistad
y los límites
de la ciencia.

¿Qué **avance científico** aún estás esperando? Leonardo es un apasionado de la física, como su tío Ascanio, que murió en extrañas circunstancias tras pasar largo tiempo entregado a sus **experimentos**. Su sobrino tratará de **continuar su legado** ayudado por su leal amigo Antonio.



Carlos Garayar y Jéssica Rodríguez nacieron en Lima. Él es narrador, crítico literario y docente universitario. Actualmente es catedrático de la Universidad ESAN. Ella, además de dictar clases de redacción y literatura en la universidad, se dedica a la investigación y a la edición de libros para niños y jóvenes.

1
7
1
2
5
7

ISBN: 978-612-316-307-5



9 786123 163075

 Hecho en el Perú